

BODAS DE PENTECOSTÉS

Philip Larkin
(Versión de Sergio Cordero)

Ese día de Pentecostés yo salí tarde.

No fue sino alrededor
de la una y veinte de ese soleado sábado
que arrancó mi tren, tres cuartas partes vacío,
con todas las ventanillas abajo, todos los cojines calientes,
toda sensación de apremio extinta. Corrimos
por el traspatio de las casas, cruzamos una calle
de parabrisas deslumbrantes, olimos el muelle de
[pescadores. Desde allí,
el curso del río comenzó a ampliarse
donde el cielo y Lincolnshire y el agua confluyen.

Toda la tarde, a través del intenso sopor bochornoso
durante millas tierra adentro,
continuamos al sur por una lenta y detenida curva.
A los lados pasaban amplias granjas, ganado de breve
[sombra y
canales con flotantes espumas industriales.
Un invernadero destelló singularmente. Las vallas se
[inclinaban
y elevaban. Y de vez en cuando, un olor a hierba
removía el tufo de las abotonadas vestiduras del vagón
hasta el próximo pueblo, nuevo e indescriptible,
rodeado de lotes de autos desmantelados.

Al principio, no me percaté del bullicio
que producían las bodas
en cada estación donde parábamos: el sol destruye
el interés de lo que pasa en la sombra
y, a lo largo de los andenes frescos, los gritos y chillidos
que supuse de maleteros jugando con valijas
y continué leyendo. Una vez que arrancamos, sin embargo,
las pasamos. Sonrientes y maquilladas, unas muchachas
parodiando la moda, de tacones y velo,
posaron todas con indecisión viéndonos partir,

como si salieran al final de un evento
diciendo adiós con la mano
a alguna cosa que lo sobrevivió. Impresionado, la siguiente vez
me incliné hacia fuera con mayor prontitud, con más curiosidad,
y vi todo de nuevo en diferentes términos:
los padres con anchos cinturones bajo el saco de vestir
y sudorosas frentes, escandalosas y gordas madres
y un tío gritando obscenidades y, luego, los peinados permanentes,
los guantes de nylon y la bisutería,
los colores limón, malva y ocre olivo que

destacaban ilusoriamente a las muchachas del resto.

Sí, desde los cafés
y los salones de banquetes tendidos en el patio y, anexos,
los coches de fiesta burdamente adornados, los días de boda
estaban llegando a su fin. Todos en fila,
subieron a bordo los recién casados. El resto se quedó alrededor.
Fueron lanzados el último confeti y la recomendación final
y, conforme nos movíamos, cada rostro parecía definir
sólo lo que miraba durante la partida: niños fastidiados
ante algo tan aburrido. Los padres nunca habían sabido

de un éxito tan enorme y completamente fársico.

Compartían las mujeres
el secreto como un funeral feliz
mientras las muchachas, aferrándose a sus bolsos, clavaban
[la vista
ante una blasfemia. Y nosotros, al fin libres
y cargados con la suma de todo lo que vieron,
nos apresuramos a Londres soltando chorros de vapor.
Ahora los campos eran lotes para construcción. Y los
[álamos proyectaban
largas sombras sobre caminos reales y, por
unos cincuenta minutos -que parecieran

apenas suficientes para acomodar los sombreros y decir:

Casi me muero-,
doce matrimonios emprendieron la marcha.
Sentados lado al lado miraron el paisaje
-pasó un teatro, una torre de enfriamiento
y alguno que corría al boliche- y nadie
pensó de los demás que nunca se conocerían
o cómo sus vidas retendrían íntegra esta hora.
Yo pensaba en Londres tendida bajo el sol,
sus distritos postales como pacas de trigo:

allá nos dirigíamos. Y al correr a través de
brillantes nudos de riel,
pasamos frente a estacionados Pullmans, muros de musgo
[ennegrecido
se acercaban y casi concluía esta frágil
coincidencia de viaje. Y lo que representaba
quedó listo para perderse con toda la fuerza
que el cambio puede dar. Otra vez íbamos despacio
y, conforme apretaban los pistones del freno, se henchía
una sensación de caída, como una llovizna de flechas
perdiéndose de vista, que en algún sitio se tornaba en lluvia.



Administración Municipal
2014-2017

PRESIDENTE MUNICIPAL

ISIDRO LÓPEZ VILLARREAL

**SECRETARIO DEL
AYUNTAMIENTO**

MARÍA ALICIA GARCÍA NARRO

TESORERO MUNICIPAL

ADRIÁN ORTIZ GÁMEZ

**DIRECTORA DEL
ARCHIVO MUNICIPAL**

OLIVIA STROZZI GALINDO

EDITOR

JESÚS DE LEÓN MONTALVO



Gazeta del Saltillo tiene los derechos reservados sobre los materiales que aparecen en sus páginas. Se aceptan colaboraciones, sujetas a revisión. La correspondencia deberá enviarse a Gazeta del Saltillo, Juárez y Leona Vicario, C.P. 25000, Tel. 414-43-70, Fax. 414-02-84. Saltillo, Coahuila, México. Correo electrónico: gazeta.delsalttillo@yahoo.com.mx Abreviaturas usadas: AMS.- Archivo Municipal de Saltillo, AC.- Actas de Cabildo, c.- Caja, e.- Expediente, L.- Libro, f.- Foja, A y D.- Adquisiciones y Donaciones, T.- Testamentos, PM.- Presidencia Municipal, P.- Protocolos, PO.- Periódico Oficial. Publicación gratuita. Certificado de licitud de título No. 5898. Certificado de licitud de contenido No. 4563. Visítenos en <http://www.archivomunicipaldesalttillo.gob.mx> Diagramación: Sandra de la Cruz González. Responsable de la publicación por internet: Iván Vartan Muñoz Cotera.

LA VERSIÓN FEMENINA DEL LATIFUNDIO

Olivia Strozzi

El libro de Patricia Martínez, *El tejido familiar del los Sánchez Navarro*, reconstruye las vidas de los hombres y las mujeres de una familia de élite del Norte de México, a partir de lo que revela su correspondencia fechada entre los años 1805-1840.

La familia Sánchez Navarro fue la poseedora del latifundio más grande de América Latina, la enorme propiedad se concentraba en torno a Monclova. El "imperio" familiar lo inició el cura de Monclova, don José Miguel Sánchez Navarro, quien durante 50 años se dedicó a adquirir las tierras del enorme latifundio coahuilense y a fomentar la cría de ovejas. Pronto se alcanzó un alto índice de producción de maíz y se logró entrar al mercado nacional de la lana, lo que fue la mayor fuente de ingresos. El latifundio constaba de 17 haciendas con un total de 7.5 millones de hectáreas. Al morir, el cura José Miguel le hereda todas las propiedades a su sobrino José Melchor, quien se distinguió por su gran capacidad para negociar y hacer dinero —siempre apoyado por Apolonia, su mujer—, algo que no era común en los terratenientes de la época. La familia también estuvo involucrada en la política, cuando sucedió el alzamiento del cura Hidalgo, José Melchor era alcalde de Saltillo.

José Melchor se casó con Apolonia Berain, una mujer de una familia respetada aunque no muy acaudalada y procrearon tres hijos: Vicenta, Jacobo y Carlos.

El texto de Patricia Martínez aborda las relaciones entre los miembros de la familia a través de las cartas que intercambiaron entre ellos José Melchor el patriarca, Apolonia su mujer, los

hijos Vicenta, Jacobo y Carlos y el yerno Rafael Delgado, durante un período de 35 años. Toda esta correspondencia está resguardada en la Benson Latin American Collection, en Austin: 75 mil páginas de correspondencia personal y de negocios, testamentos, procesos judiciales, inventarios, títulos de propiedad y diarios de la familia Sánchez Navarro.

Quiero abordar el libro desde la perspectiva de la historia de las mujeres. Según Michelle Perrot en *Mi historia de las mujeres*, esta historia no siempre existió. Al menos en el sentido colectivo del término, que no abarca sólo las biografías, sino las mujeres en su conjunto y a largo plazo. Esta historia es relativamente reciente, tiene alrededor de treinta años. Escribir la historia de las mujeres es sacarlas del silencio en que estaban sumergidas. El libro de Patricia Martínez es una voz, entre otras, donde podemos escuchar a las mujeres de principios del siglo XIX.

Este silencio es en primer lugar porque a las mujeres se les ve menos en el espacio público, el único que durante mucho tiempo mereció interés y relato. Ellas trabajan en la familia, confinadas en casa pero esto no impidió que, durante la primera mitad del siglo XIX, las mujeres participaran en la gestión de los negocios y llevaran la contabilidad de la empresa familiar. No se les ve porque los ámbitos público y privado no estaban claramente delimitados y la casa era la extensión del negocio familiar. La familia preindustrial constituía una unidad económica autosuficiente y, en consecuencia, el trabajo doméstico tenía una definición mucho más amplia de la que tiene ahora.

Apolonia apoyaba a su marido en todas las actividades del latifundio. Melchor confió en su mujer para que se hiciera cargo de los negocios de Monclova mientras él se ausentaba para atender otras actividades comerciales y políticas. Apolonia asumió los roles masculinos al grado de atender la administración íntegra de las haciendas a su cargo, enfrentar las contingencias climáticas, rechazar los abusos que suelen acompañar a la ayuda oficial, sobre todo si era militar; es decir, tenía el latifundio en sus manos.

Otra razón para no ser vistas ni escuchadas es el silencio de las fuentes. Las mujeres dejan pocas huellas directas, escritas o materiales. Su acceso a la escritura fue más tardío. Ellas mismas destruyen, borran sus huellas porque creen que esos rastros no tienen interés. Después de todo, sólo son mujeres, cuya vida cuenta poco. Hay incluso un pudor femenino que se extiende a la memoria, una devaluación de las mujeres por ellas mismas. Convencidas de su insignificancia, muchas mujeres, extendiendo a su pasado el sentimiento de pudor que se les había inculcado, destruían —y destruyen— sus papeles personales al final de sus vidas. Todas estas razones explican que haya una carencia de fuentes, no sobre las mujeres —y menos aún sobre la mujer—, sino sobre su existencia concreta y su historia singular.

En una carta fechada el 19 de junio de 1827, Apolonia, corroborando el sentimiento de insignificancia, comenta a su esposo que quizá él daría más crédito a lo que otros dijese pues “yo tengo la desgracia de ser mujer, y con esto me conozco infeliz y sin palabra...”.

Existen fuentes que hablan de ellas, que emanan de ellas, en las que sus voces pueden escucharse directamente, que es posible encontrar tanto en las bibliotecas —lugares de lo impreso, de los libros y diarios— como en los archivos, tanto públicos como privados. Sin embargo, el estado de los archivos privados fue y sigue siendo incierto.

De manera general, la presencia de las mujeres en estos archivos está en función del uso que ellas hacen de la escritura, una escritura privada, íntima incluso, ligada a la familia. La correspondencia, el diario íntimo, la autobiografía se abren en especial a las mujeres en razón, justamente, de su carácter privado.

Apolonia y su hija Vicenta sabían leer y escribir y tuvieron la suerte de que sus cartas se guardarán porque posiblemente José Melchor se sentía con derecho a ejercer su vigilancia sobre la correspondencia de su mujer y de su hija. Esta vigilancia paradójicamente permitió que la voz de ambas se escuche ahora.

Durante gran parte del siglo XIX, el matrimonio era una negociación dirigida por los padres. No sabemos si el matrimonio de Apolonia y José Melchor fue arreglado. Lo que si se muestra en las cartas es que ellos formaban un matrimonio atípico,

se tenían confianza. Él sabía que podía confiar en ella los problemas de negocios y ella a su vez era capaz de reclamarle sus malas decisiones. En cuanto al matrimonio de su hija Vicenta, José Melchor decide casarla con su socio Rafael Delgado, el principal comerciante de lana de los Sánchez Navarro, porque esa era la manera de incorporar hombres a la familia que tuvieran relaciones importantes con el centro de México, pero Apolonia y Vicenta nunca estuvieron de acuerdo y, a pesar de la oposición, tuvieron que someterse a la última palabra del patriarca.

Los roles de género eran más fluidos de lo que ha mostrado previamente la literatura relacionada con la familia. Apolonia a menudo traspasaba los límites del género para tener control sobre su propia vida y la de su familia, acusó a su esposo de haber elegido una pareja inapropiada para su hija, alguien que no pertenecía a la misma clase que ellos y que, por lo tanto, solo pensaba en mejorar su estatus social. Esto le costó la vida a Vicenta y al parecer Apolonia nunca le perdonó a su esposo esa decisión. Ella le guardaba a su marido una confianza absoluta, respetó sus decisiones, tenía el latifundio en su puño, pero no pudo con la imposición de su marido en lo más valioso que tenían: su hija.

Patricia Martínez, *El tejido familiar de los Sánchez Navarro 1805-1840*, Archivo Municipal de Saltillo / Archivo para la Memoria de la Universidad Iberoamericana. Centro de Extensión Saltillo, Saltillo, 2014, 138 pp.

AVISO IMPORTANTE

Las opiniones expuestas en la *Gazeta del Saltillo* son responsabilidad única y exclusiva de los autores y no reflejan necesariamente la visión que sobre los temas tratados tiene el Archivo Municipal o sustentan las autoridades en funciones del municipio de Saltillo.

La *Gazeta* es una publicación plural, respetuosa tanto del trabajo que hacen quienes se dedican a la historiografía como de las personas que amablemente frecuentan sus páginas. Por lo tanto estamos abiertos a cualquier comentario, sugerencia, crítica o enmienda que desee aportarse con respecto a los materiales publicados.

Cuando lo consideremos necesario publicaremos las aportaciones que quieran hacernos por escrito, siempre que mantengan el tono de respeto tanto hacia nuestros colaboradores como hacia nuestros lectores y demuestren un sincero afán de hacer una aportación útil al tema o problema en cuestión.

En el directorio se encuentran el domicilio y el correo electrónico a los que pueden dirigir sus observaciones.

De antemano les damos las gracias. / EL EDITOR

VILLA CUENTA LA BATALLA DE PAREDÓN

Martín Luis Guzmán

A lo que yo recuerdo, desde el día 11 de aquel mes de mayo empezaron a moverse mis tropas rumbo a Saltillo, por la línea de Hipólito y Paredón; iba de vanguardia la brigada de Maclovio Herrera. Otro día siguiente salieron treinta y seis cañones de mi artillería. Salió después la Brigada Villa, al mando de José Rodríguez. Eusebio Calzado, que, según antes indico, era de mucha práctica para las maniobras ferrocarrileras, disponía con grande orden todo aquel movimiento de mis convoyes. De modo que para el día 15 ya estaba yo en Hipólito con mi estado mayor, y con mi escolta, y con todos los hombres y caballada de la Brigada Zaragoza, de la Brigada Robles, de la Brigada González Ortega, de la Brigada Hernández, de la Brigada Sanitaria, más todo mi parque y bastimento. Tantos eran mis trenes, que cuando llegamos a Hipólito la marcha no pudo seguirse, y no por yerro de mis disposiciones, ni por error de Eusebio Calzado, sino por la destrucción de la vía, que el enemigo, para protegerse de mí, había levantado delante de Saucedá, estación que así se nombra.

Hoy estamos a 15 de mayo. Cree mi general Ángeles que con estas disposiciones que traigo podíamos hallarnos sobre Paredón el día 17 por la mañana.

Y en verdad que a mí me pareció de tanto acierto aquella maniobra aconsejada por Felipe Ángeles, que en el acto me puse a dictar mis órdenes. Serían las tres de la tarde cuando llegó delante de mí el coronel Vito Alessio Robles. Serían las tres y media cuando ya estaban apeándose de mis trenes mis hombres y mi caballada. Serían las cuatro cuando llamé a Toribio Ortega y le ordené mis providencias para su travesía hasta Zertuche. Y serían las cinco cuando mirando ya en marcha todas mis tropas, unas rumbo al noreste, hacia Paredón, y otras rumbo al oriente, hacia Zertuche, subí a un motor de vía con el jefe de mis trenes, con Rosalío Hernández y con el coronel Vito Alessio Robles.

Otro día siguiente, 16 de mayo, el grueso de mis tropas se internó por el cañón de Josefa, mientras la artillería, con sus sostenes, hacía el rodeo por la Tortuga, Treviño, la Leona y las Norias. De este modo, el día 17, a las seis de la mañana, ya estábamos juntos todos en Fraustro, a unos quince kilómetros de Paredón.

Mas es verdad que reflexionaba yo, por los informes de mis correos, que el uso de la artillería no iba a sernos necesario, porque los cinco mil hombres de Paredón seguían allí casi en abandono delante de nuestro avance y sin noticias ni sospechas del rompimiento de su línea de comunicaciones con Saltillo por los dos mil caballos de Toribio Ortega.

Es decir, que vaticiné cómo aquella batalla se reduciría a un mero asalto que mis hombres de a caballo darían con grande furia.

Según llegué a reunirme con el general Ángeles en un paraje situado como a tres kilómetros de Paredón, ya no hice más que repetir las providencias que antes había dado, y dispuse cuál sería mi señal para el ataque.

Mi consigna es ésta: al oírse el estallido de una bomba a pocos pasos de este sitio en que ahora estoy, todas las brigadas, en línea de asalto de caballería, se echarán encima de Paredón, y no contendrán su ataque hasta conseguir el aniquilamiento del enemigo.

Porque es lo cierto que mis hombres se abalanzaron entonces de tal manera sobre sus objetivos, formados por unas defensas que el enemigo tenía levantadas por el lado del ferrocarril, y otras en la loma donde estaban sus cañones, que la artillería enemiga casi no tuvo tiempo de disparar, y las balas de sus ametralladoras no fueron bastantes para resistirnos, mientras los cañones nuestros, emplazados con rapidez y en movimiento de grande maestría, no hallaron ocasión para sus fuegos.

Media hora después de iniciarse nuestro ataque el enemigo se desbarataba ya delante de nosotros y no conseguía oponernos obstáculo que nos detuviera. La Brigada Zaragoza, al mando de los jefes Eugenio Aguirre Benavides y Raúl Madero, llevó tan adentro el furor de la pelea, que las fuerzas federales, sin ningún concierto en su acción, empezaron a desbandarse. De nada les aprovechó que su caballería, en salida de muy buen orden, intentara un movimiento de flanco sobre nuestra derecha, pues mirándola yo venir, hice que la gente de Maclovio y de José Rodríguez arrancara a encontrarla a toda rienda, y tan amenazador resultó aquel empuje de los nuestros, que los caballos enemigos no sólo no se aprontaron al encuentro, sino que retrocedieron hacia el punto de donde venían, y luego se borraron de delante de nosotros.

A sí acabó aquella acción del 17 de mayo de 1914: en destrozo del enemigo por el sólo choque de mi caballería, y en persecución de los restos de aquellas fuerzas, tras la cuales mandé las de José Isabel Robles.

Como antes indico, en el combate de Paredón murieron los generales enemigos Ignacio Muñoz y Francisco A. Osorno, más el coronel Joaquín Gómez Linares. Pero yo no tuve noticia segura de aquellas tres bajas al hacerse el recorrido del campo, que para el mediodía de aquel día ya teníamos levantado, sino que lo supe unos o dos días después, por informes que nos llegaban. Entonces encomendé al coronel Vito Alessio Robles que buscara los cadáveres de aquellos hombres, pues quería cerciorarme de su muerte, y así fue. Alessio Robles encontró el cuerpo del general Osorno en el lecho de un arroyo, nombrando Arroyo de Patos, y los cuerpos del general Muñoz y del coronel Gómez Linares al trastumbar de la cumbre de San Francisco, cerro que así se llama.

Otro coronel herido, o teniente coronel, de apellido que no me recuerdo, cogieron mis fuerzas durante la persecución de aquella mañana. Rodolfo Fierro, que lo supo, lo pidió para fusilarlo, cosa que nos mandaba el señor Carranza en su nueva Ley de Benito Juárez. Pero el jefe nuestro que lo había cogido, nombrado José Ballesteros, le contestó que no, que no se lo entregaba, que tenía orden de Felipe Ángeles de respetar la vida de aquellos hombres. Fierro viene entonces en busca de mí a expresarme su queja. Yo llamo a Felipe Ángeles y le digo:

— Señor general, hay un jefe prisionero que por disposición de usted no entregan para muerte, según está mandado que se haga por providencias del señor Carranza.

Ángeles me dice:

— Mi general, el jefe que quiere fusilar Rodolfo Fierro es un hombre que cayó herido.

Yo le respondo:

— Muy bien, señor. Fusilándolo lo libramos pronto de sus penas.

Él me contesta:

— No, mi general. Los sentimientos humanitarios mandan curar primero las heridas de nuestros enemigos, y luego se ve si alguna ley de muerte los alcanza. Así obran los buenos hombres militares.

Y es lo cierto que oyendo yo aquellas palabras, comprendí cómo Felipe Ángeles tenía razón; es decir, que vi claro que estando herido un hombre, nuestros sentimientos tenían que ser de misericordia, no de castigo ni de venganza, aunque las leyes así nos lo impusieron. Por eso mandé llamar a Rodolfo Fierro y le dije:

— Amiguito, nos ordena la ley de señor Carranza fusilar todos los jefes y oficiales enemigos que caigan prisioneros. Yo obedezco esa ley. Pero estando herido un prisionero, la ley humanitaria nos manda curarlo. También obedezco yo esa ley. Mi voluntad es ésta: fusila usted, conforme a la voluntad del señor Carranza, todos los jefes y oficiales enemigos que estén sanos, pero cura usted primero todos los que encuentre heridos.

Tomado de Martín Luis Guzmán, *Memorias de Pancho Villa*, Editorial Porrúa, México, 1984 ("Sepan Cuantos...", Núm. 438), pp. 253-259.

VASO ROTO

Eligio Coronado

¿Recuerda el vaso roto antiguos
[resplandores
de transparencia hipnótica
o execrables vestigios
de ordinaria frecuencia,
o perdió la memoria en la
[hecatombe?

Eligio Coronado, *Dar la palabra*, prólogo de Patricia Laborde. Editorial Diáfora, Monterrey, 2014, p. 71.

EL OBISPO REGAÑA A LOS TLAXCALTECAS

Gabriela Román Jáquez

Las reformas borbónicas fueron implementadas en la Nueva España a partir de la década de 1760; su objetivo era obtener mayor control sobre la economía y sociedad novohispana. El motivo fue que las ideas de la ilustración llegaron a España en esta época. La dinastía borbona iniciada con el reinado de Felipe V se empeñó en transformar al imperio español desde sus cimientos y lo hizo, pero en la historiografía ha predominado el estudio de las fuentes económicas, militares y administrativas. Sin embargo, el proyecto de modernización de los reyes borbones también abarcó el control social de todas las etnias que conformaban la sociedad virreinal.

Felipe V sabía que tenía que controlar al pueblo en su movilidad y conciencia, pues no era tan vigilado como podría creerse en una sociedad que contaba con el tribunal del Santo Oficio para su custodia. Pero en la segunda mitad del siglo XVIII todo empezó a cambiar. Estos documentos, que se encuentran en el Archivo Parroquial de la Catedral de Santiago del Saltillo, abren la posibilidad que el control social iniciara antes mediante las restricciones que impuso el clero novohispano a la sociedad para combatir las tradiciones heredadas de la dinastía Habsburgo, originadas desde el siglo XVI en el Nuevo Mundo.

Catarina Ramos, tlaxcalteca, fue amonestada por el obispo de Guadalajara, quien dio orden al cura de la parroquia de Santiago en octubre de 1753:

Qué el vicario pase dentro del término de tres horas al barrio de San Esteban de dicho pueblo, y de la casa de María Catarina Ramos saque un retrato del bachiller Juan Rodríguez clérigo diocesano domiciliario que fue de este obispado y difunto y lo pase a Su casa donde lo tenga en lugar separado, por tener noticia que dicha María Catarina le daba adoración al dicho retrato con perfumes y velas encendidas y lo tenía colocado en orden de los demás santos en su casa, sobre que le aparciviera a la dicha el susodicho vicario que no le acontezca otra vez dar semejante culto, porque se castigará severamente y se procederá contra ella por todo rigor de derecho.

Que todos los santos patronos de los barrios de dicho pueblo luego incontinente demora alguna se saquen de las casas particulares donde estén y se trasladen a la iglesia parroquial del pueblo.

Que el vicario juez eclesiástico de esta villa pase a la casa de la morada de Ramón Francisco vecino

de dicho pueblo (de San Esteban) y de allí saque y traslade a la parroquia, una imagen de Santa Elena... y de ninguna manera permita ni consienta, que imagen alguna se clame milagrosa... ni tampoco que en las casas particulares haya romerías ni se recen otras oraciones que el rosario de María nuestra madre y que en caso de contravención proceda a castigar los transgresores con las penas que tuviere por convenientes para que les sirva de escarmiento.

De que en los días que celebraren las festividades de dichos santos patronos, no haya en casa de los mayordomos embriaguez, fandangos ni otros festejos, sino que lo que habían de gastar en semejantes distracciones, se gaste y consuma en el mayor culto de las mismas imágenes, y adorne sus altares a mayor gloria de Dios nuestro Señor.

Pero el obispo también estaba preocupado por la vida espiritual de los varones tlaxcaltecas que salían a trabajar fuera del pueblo de San Esteban, queriendo terminar con esta tradición entre ellos de migrar ordenó:

Las ociosidades de los tlaxcaltecas que impiden el oír misa los días de su obligación como la asistencia a dicha doctrina pues según experiencia muchos estarán 4 ó 6 meses fuera de su parroquia sin que su pastor les vea la cara, ni ellos oigan la voz de su pastor, ni este pueda reconocer si oyen o no misa se mandara al cura no permitiera en adelante que ningún feligrés suyo saliera para otro pueblo sin su licencia escrita y constándole la necesidad que tuviera para salir, les señale el tipo de diligencia sin permitirselas dilatadas para que puedan estar breve en su pueblo y dicho doctrinero descargue su conciencia siguiendo si cumplen con la obligación cristiana, y mucho menos conciencia en su feligresía indios aunque sean tlaxcaltecas oriundos de dicho pueblo, hacer mención en el sin expresa licencia de su cura y ministro donde residan cumpliendo con todo vigor a los que no la trajeren por escrito a que se vuelvan a sus pueblos auxiliándose en caso necesario del capitán protector de dicho pueblo expresamente le mandara lo dicho se entiende al cura Francisco Santos de Olivares.

Archivo Parroquial de la Catedral de Santiago del Saltillo, Fondo Colonial, Libro de Gobierno No. 1, c5. F2, 1742-1768.

COMIDA Y FUSILADOS

Martín Luis Guzmán

Empezábamos todos a comer debajo de unos mezquites, cuando vienen a traerme dos oficiales prisioneros, y a preguntarme que qué trato les dan. Yo contesto, sin dejar mi plato, que allí mismo los fusilen, conforme a las disposiciones del Primer Jefe. Y como los dichos oficiales oyeran aquellas palabras mías, uno de ellos se puso a mirarme, y con palabras serenas expresó que él no objetaba anda, que podíamos fusilarlo cuando quisiéramos y donde quisiéramos; y que él también, de ganar su ejército la batalla y caer nosotros prisioneros, nos había aplicado con mucho gusto aquella ley de muerte, y con más gusto él a mí que yo a él, porque él era un hombre militar que andaba al cumplimiento de sus deberes, mientras que yo no era, con todos los míos, más que un bandido encumbrado que andaba al fruto de mis deprecaciones.

Oyéndolo, yo no me enojé, siendo injuriosas y muy injustas, aunque tranquilas en el tono, aquellas palabras que el dicho oficial me dirigía. Sin dejar de comer, hice seña de que mi orden se cumpliera. Porque pensaba entre mí: “Este hombre es un valiente que va a morir. ¿Debo yo privarlo del consuelo de creer que muere por una buena causa, y que lo mata un bandido sin fuero ni ley?”. Y decidí por eso no responderle nada ni declararle el yerro en que estaba. Pero sucedió que el otro oficial, por impulso de su grande pavor, no anduvo el camino de su compañero, sino que se acercó hasta mí para pedirme misericordia, y se arrodilló y lloró, y me dijo cómo lo habían obligado a prestar sus servicios a Victoriano Huerta, y cómo lo había engañado anunciándole que sus fuerzas venían al Norte a contener la invasión de los americanos, ya no a la pelea con los hombres constitucionistas, que también luchaban ahora contra aquella conquista extranjera. O sea, que habló las palabras que un hombre encuentra cuando no quiere morir. Pero yo no me ablandé, aunque en verdad sus expresiones estaban revolviéndoseme dentro de mi ánimo, sino que le dije que la ley del señor Carranza era nuestra ley, y que conforme a las órdenes de esa ley allí mismo iban a fusilarlo.

Así empezó a hacerse. La escolta que traía aquellos prisioneros hizo los preparativos para pasarlos por las armas. Entonces el señor licenciado Jesús Acuña se me acercó a la oreja para pedirme que aquellos fusilamientos no se hicieran delante de nosotros. Me dijo él:

—Mi general, yo le ruego que nos evite la visión de estas muertes. Nosotros estamos comiendo; estamos contentos por nuestro triunfo de la mañana. ¿Vale enturbiar nuestra alegría mirando lo que nada ni nadie nos obliga a que suceda enfrente de nuestros ojos?

Yo le contesté, sólo que voz muy alta, para que la oyeran todos:

—Muchachito, anda usted muy equivocado en los sentimientos que lo conmueven. Yo no estoy alegre: los triunfos de las armas se mojan siempre con la sangre de muchos hermanos nuestros, amigos y enemigos. Además, me parece que a mí que es muy dura la ley de muerte que Carranza nos da tocante a todos los jefes y oficiales enemigos que caigan prisioneros; pero, conforme a mi juicio, esa ley es una ley buena y justa, que todos los hombres revolucionarios debemos respetar y aplicar. ¿No es usted buen hombre revolucionario? ¿Por qué se asusta de ver cómo se cumplen las leyes de nuestra Revolución, cuanto más que son leyes que su jefe, el señor Carranza, nos da? Lo que pasa, amiguito, es que ustedes los políticos chocolateros quieren ir al triunfo sin acordarse de los campos de batalla que nosotros empapamos con nuestra sangre, y con la sangre de los hombres enemigos que nuestras manos matan por nuestro amor a la causa de la justicia, y se imaginan que no viendo ustedes las cosas, las dichas cosas ya no existen en el panorama de su acción. Ustedes, señor, en su ánimo de políticos, hacen las leyes de la Revolución, y esperan gobernar al pueblo en cuanto la Revolución triunfe, y saben cómo el triunfo no vendrá si nosotros, los revolucionarios de armas, no vencemos al enemigo y aniquilamos las familias explotadoras del pueblo. Pero ustedes quieren que sólo nosotros seamos, muy lejos de las oficinas donde ustedes escriben las leyes, los ejecutores de la acción sanguinaria, para que todo el desdoro de matar sea solamente nuestro, y ustedes sigan tan puros y sin mancha, y en nada les alcance el lado negro de la Revolución. Hoy, señor, no será así. ¿Usted tiene por buenas leyes las del señor Carranza? Pues va a ver lo que cuesta ejecutar esas leyes y lo que tienen que hacer para cumplirlas en sus semejantes los hombres sumisos que andamos peleando por mandato de nuestro deber. Así no pensará nunca mal de nuestras manos empapadas en sangre. Así irá aprendiendo cómo es la realidad de las cosas de la guerra, y cómo no debe uno sentir horror, ni menosprecio, por los hombres que ejecutan, obedeciéndonos, los actos crueles que nosotros ordenamos y sin los cuales el triunfo de nuestra Revolución no podría lograrse. Yo le digo, señor, que tan tinto de sangre está el hombre que firma una ley de matar, como está el hombre que mata por la sola ley de su conciencia. Y en este momento, salvo que usted me declare que la ley del señor Carranza le parece mala, juntos nos vamos a ensangrentar aquí los dos mirando estos fusilamientos.

Así fue. Repetí yo mi orden de que allí mismo se fusilara a los dichos prisioneros, según lo disponía con su ley el Primer Jefe, y allí los fusilaron, enfrente de nosotros, conforme seguíamos en nuestra comida; y allí estuvimos sentados delante de los cadáveres hasta que nuestra comida se acabó.

LA “CAJA OSCURA” DE CATEDRAL

Francisco Robledo

Entré a la catedral de Santiago como quien llega a una casa desconocida. Mi intención no era rezar ni dejar el diezmo. Fui a buscar el antecoro y presentar el fenómeno óptico que, según el sacristán que me paseó, fue descubierto por el campanero en 1920. El acolito de aquellos años vetó la información para mantener el misticismo de la iglesia, considerando el fenómeno un capricho divino, milagro de Dios nuestro señor. Lo que ya no se supo es cómo llegó el chisme al pueblo de Saltillo.

Por los años ochenta se disuadió del estigma celestial y comenzaron las visitas de artistas y curiosos. Pasó lo que con la ciencia, pues ésta crece como un árbol y la iglesia y la política se querían quedar enanas para no madurar la idea por conveniencia. Pero la mentalidad católica y de otras religiones cada vez rebasa el hermetismo tradicionalista. Si no no me creen, échense un discursito del padre Gofo, quien fue retirado de su oficio duranteses meses, entre otras cosas, por tener vida sexual activa.

El sacristán amablemente me llevó a la parte de afuera, frente a una puerta de madera grande, vieja y muy negra. La abrió con una llave cilíndrica y comenzamos ascender una escalera encaracolada. No le pregunte nada. Mi concentración iba entretenida en no tropezarme por la oscuridad que nos envolvía. Lo negro del lugar pronto empezó a parlotear con la voz del acolito, relatándome más de lo que sabía de la ilusión óptica del antecoro.” Al campanero de aquella época le gustaba tocar con la ventana cerrada. Dice que un rayo de luz atravesó la ventana, cegándole al punto de turbar el ritmo de la campana. Cuando abrió los ojos, la Plaza de Armas y toda su gente estaban ahí, plasmados en la pared, boca bajo”.

Con otra llave abrió la puerta que se encontraba al final de la escalera. Seguía sin haber luz y en una esquina, afuera de la habitación, estaban arrumbados los restos de esculturas de santos por el juicio del vandálico tiempo, dejándolas para escenario de Jodorowsky. Chirrió la puerta del antecoro y el sacristán me hizo entrar primero. Sentí como si estuviera entrando a la matriz. La oscuridad era espesa y calurosa. Un finito rayo de luz se veía enfrente de

mí. La voz del acolito se deprendió de la oscuridad diciendo: “mire, ahí está, detrás de usted” y volteé.

La Plaza de Armas estaba al revés. A pesar de no llevar las gafas, vi claramente el Palacio de Gobierno, la fuente, las banquitas, gente conversando, el antiguo cerro; la cabecera de los tlaxcaltecas, carros estacionados y carros avanzando, y hasta mero abajo, me imagino casi llegando al suelo, la bandera nacional ondeando por el viento.

Toqué la imagen en un intento de desvanecer un holograma. Ambas manos las recargué en la pared y se mancharon con los colores de las playeras de los transeúntes ¡Todo está a color y de cabeza! Hablé a la oscuridad. “Es maravilloso”. Respondió ella y continuó: “Dicen los maestros de fotografía que traen a sus alumnos a ver el fenómeno, que es igual lo que ocurre con el experimento de la caja oscura, solo que ni ahí se ve tan nítida la imagen y el color. Los maestros dicen que data del siglo X D.C. en Bagdad por el matemático Árabe Alhacén. Tiene un libro que se llama *Tratado óptico*. Y otros afirman que Aristóteles ya había pensado hacer un hoyo en la pared. La luz que entraría reflejaría la imagen invertida. Otros dicen que los primeros dibujos de la cámara oscura aparecen en los cuadernos de Da Vinci. Ya se utilizaban estas cámaras para que los artistas hicieran trabajos de pintura y esas cosas. ¿Qué le parece?” Debió ser un escándalo en aquellos años de la post revolución.

Las cámaras fotográficas adoptaron el nombre por las cámaras oscuras, que originalmente consistían en una sala cerrada cuya única fuente de luz era un pequeño orificio en uno de los muros, donde entraban los rayos reflejando los objetos del exterior en una de sus paredes. El orificio funciona como una lente convergente y proyecta en la pared opuesta la imagen del exterior invertida, tanto vertical como horizontalmente. El sol sirve de reflector e iluminador en la película diaria de la vida. A través de su luz, en cualquier cuarto oscuro con un agujero, se proyecta la película del mundo, pero también la de mi viejo Saltillo de 1920. Y aunque no tenga una cámara digital, mientras exista el sol, alguien nos coloreara con luz y sombra.

CUATROCIÉNEGAS EL MUNDO PERDIDO

Miguel Ángel García Torres

“¿Espermatolitos?”, pronunciaba el turista abanderaado como bufón en cada recorrido; siempre “confundían” el nombre de la bacteria que generó la vida en la tierra: el estromatolito. Era la broma común. La cargada era simultánea en la familia o grupo de estudiantes. Mi deber era reírme de aquel chiste como si jamás lo hubiera oído. Mi propina estaba en riesgo.

La explicación era ardua por casi dos horas o más si el paseo se extendía al paraje conocido como “Las dunas de yeso” o hasta la laguna “Las Playitas”. Durante largas caminatas, se me secaba la boca para contar con orgullo las maravillas del lugar.

El origen de la vida en la tierra persistía tras millones de años en un oasis en medio del desierto y yo colaboré como promotor de sus misterios y endemismos. Eran jornadas de doce horas a tambor batiente, donde había días con la llegada de autobuses atiborrados de curiosos o con la visita de un viajero solitario, mochila al hombro.

Caí por accidente en estos asuntos. Buscaba atraer la atención de una compañera de la prepa que haría su servicio social. Cuando menos lo esperaba, ella desistió y yo continué por dos años. Fue uno de mis mejores errores.

Los organismos gubernamentales como Semarnat y asociaciones civiles como Desuvalle compartían esa labor de orientar a la ciudadanía y proteger las especies de Ciénegas. Pese a mi poca conciencia respecto a la importancia del Área Natural Protegida, admiré los prodigios naturales de mi pueblo a través del asombro sin falsos gestos por los miles de visitantes connacionales, gringos y de otras latitudes.

Sin haber visto las aguas de Cancún, sabía que las de aquí se parecían por comentarios de viajeros. Las especies únicas —entre flora y fauna— y los distintos escenarios superaban la imaginación.

Este pequeño ecosistema era como el safari a un súper mercado, porque en un espacio tan pequeño cada corredor era diferente por sus aromas, colores y especies de objetos en los estantes. Había bosque, arena, sierra, ríos e incluso nevadas. Cuatrociénegas lo tenía todo.

Recuerdo con aprecio las muchas ocasiones cuando, incapacitado para hablar en inglés, intentaba comunicar las increíbles bellezas del Valle a una pareja de alemanes o a dos hombres orientales muy serios.

Rumores sobre “avistamientos” de la NASA abundaban en las pláticas de vecinos. Por su presencia, se infirió la aparición de entes del espacio exterior y comen-

zó el mito de siluetas circulares trazadas en las dunas de yeso por platillos voladores.

Por aquellos años también presencié el desastre en la laguna “Las Playitas” y “La Poza de la Becerra”, cuando formé parte del servicio de limpieza, ante la invasión de Springbreakers.

Como parte de nuestra necesidad por obtener dinero, mis amigos y yo nadamos en las pozas con gélidas temperaturas de hasta cinco grados, contratados por unos norteamericanos para limpiar jaulas que instalaron alrededor de algunos estromatolitos. Sacabas la mollera del agua y percibías cómo tu cabello permanecía en punta, congelado apuntando al cielo.

La cacería de liebres con rifles de postas era por igual una actividad frecuente, más como pretexto de reunión que por afición a la práctica cinegética con nuestros rudimentarios artefactos.

Muchas aventuras de mi niñez y la adolescencia, aderezadas por los ratos de “bullying”, romance y rebeldía, ligán su recuerdo a mi pueblo natal.

Tiempo después, durante mi estadía en Saltillo por mis estudios superiores, el primer texto publicado con mi firma como estudiante de Letras Españolas, evocaba los “aironazos” de mi bravo terruño: Sanjuanero, Cañonero y Preñador. Ciénegas fue, por nostalgia, mi primera musa.

Para los gobiernos, agricultores y científicos, Cuatrociénegas representa un área de oportunidad y conflicto. Para mí, es la tierra de mis padres, mi patio de juegos, mis días de excursión y campismo, las tardes de chapuzones junto a los cuates.

Si los microorganismos vivos, como los estromatolitos, generaron el oxígeno para crear vida en la tierra y sobrevivieron, ¿por qué no han de existir bajo tierra otros seres igual de antiguos? Me mata la curiosidad.

Cierta ocasión un grupo de geólogos, investigadores o científicos, llamado La Venta, se sumergió bajo la superficie siguiendo los canales que comunican los cuerpos de agua en esa oscuridad terrible. ¿Alguien podrá alcanzar mayores profundidades?

Cuatro Ciénegas puede ser la entrada a un Mundo Perdido. Tal vez la puerta a este mítico lugar compartido por Burroughs o Conan Doyle en la literatura, no esté cerca del Polo Norte, sino a escasos metros del patio de mi casa.

Con la naturaleza de Cuatrociénegas, lo sabemos. Falta mucho por descubrir y cualquier cosa puede pasar.

LA BATALLA DE PAREDÓN

Miguel Alessio Robles

Después de celebradas las conferencias de Torreón, el señor Carranza se sintió triunfante. Al llegar a Saltillo los delegados que asistieron a esas conferencias celebraron una larga entrevista con el Primer Jefe de la Revolución para exponerle con toda claridad las ideas políticas que dominaban entre los elementos civiles y militares de la famosa División del Norte. El señor Carranza perdió entonces su habitual serenidad y prorrumpió en denuestos contra el general Ángeles a quien creía el instigador de todas las maquinaciones tramadas para que algunos elementos constitucionalistas desconocieran a la Primera Jefatura de la revolución. “¿Se cree Ángeles un gran estratega, cuando yo soy —decía el señor Carranza— quien ha trazado los planes de batalla, y si acaba de triunfar ese jefe en el combate de Paredón, se debe a las instrucciones que le di antes de esa acción militar, que dio por resultado de las fuerzas constitucionalistas capturar la plaza de Saltillo!” Sobre un mapa del Estado de Coahuila que tenía sobre su escritorio, comenzó a señalar las operaciones que indicó a Villa y a Ángeles que realizaran para derrotar a las fuerzas enemigas sin grandes pérdidas de elementos en la batalla de Paredón. En efecto, esa acción militar se había realizado de acuerdo con el plan que nos acababa de indicar el señor Carranza. No le faltó detalle alguno. Resultó de una precisión matemática, y si triunfó la División del Norte en esa jornada, se debió a las órdenes del Primer Jefe, que no tenía más ambición que el ser un genio militar, que movía como Moltke a los soldados desde su gabinete de trabajo.

Algún tiempo después tuve oportunidad de escuchar una conversación del general Ángeles acerca de las acciones de guerra de la División del Norte. Hablaba con entusiasmo de la toma de la plaza de Torreón, del formidable combate de San Pedro, de la sangrientísima batalla de Zacatecas; pero ninguna acción le parecía más notable, desde el punto de vista militar, que la batalla de Paredón. “El triunfo nuestro —decía— fue completo. Acabamos con el enemigo, y esa victoria abrió a las fuerzas constitucionalistas la plaza de Saltillo, para que el señor Carranza pudiera marchar hacia el sur sin que los soldados de Huerta pudieran presentarle gran resistencia”.

“El combate de Paredón —aseguraba Ángeles— es el lauro más brillante que ha conquistado la División del Norte. Allí se demostró que la estrategia militar es para el soldado un factor más importante que el valor.

Movilizamos nuestras fuerzas con admirable precisión, y cuando el enemigo se sintió derrotado, quiso huir. Pero fue del todo inútil. Le habíamos cortado la retirada, y estaba materialmente cercado. Todos sus elementos estaban a disposición de nuestro ejército que, sin grandes pérdidas de soldados, sin grandes gastos de energías, obtuvo una victoria completa debido al magnífico plan de combate que trazamos tres o cuatro jefes de la División del Norte, una pocas horas antes de que diera principio esa batalla”.

No encontraba yo la manera de decirle la participación que había tomado el señor Carranza en el combate de Paredón. Cambiamos el tema de la conversación, y pocos momentos después el general Ángeles volvió a hablar acerca de esa batalla. “En un momento derrotamos al ejército enemigo, fuerte en doce mil hombres. Seis horas después de derrotado, la ciudad de Saltillo estaba en nuestro poder, y poco tiempo más tarde, la plaza de San Luis Potosí. Esa acción militar se puede presentar como un modelo de estrategia. Las fuerzas de la División del Norte se abrieron en dos alas, formando un ángulo en cuyo vértice estaba el Cuartel General. El ejército de Victoriano Huerta no tenía más salida que una empinada montaña; y al sentir nuestro empuje pretendió escapar por esa altura, porque comprendió que le habíamos cortado las vías férreas y por allí no podía retroceder a su base de operaciones, como lo pretendía desesperadamente. Un triunfo decisivo, completo, espléndido, —repetía el general Ángeles—. Y no tuvo la resonancia que debía haber tenido”.

“Pero es el único triunfo —decía— del cual estoy satisfecho y orgulloso. Me ufano siempre de haber sido un factor importante en esta jornada militar. Al presentarle el plan de combate al general Villa, no tuvo objeción alguna que hacerle; lo aprobó en todas sus partes, y se puso inmediatamente después en ejecución con magníficos resultados”. Todo esto lo decía el general Ángeles lleno de calor, de entusiasmo, de bríos. Sus ojos negros relampagueaban intensamente ante el recuerdo de aquella brillante acción militar. “Nada es comparable —volvió a repetir— a la batalla de Paredón; ni la toma de Ojinaga, ni el combate de Tierra Blanca, ni la ocupación de la ciudad de Chihuahua pueden compararse con esa victoria”.

“En esa victoria tuvo también su participación el señor Carranza” —contesté yo, recordando que el jefe de la revolución se gloriaba de haber trazado los planes de esa célebre batalla—.

“Ninguna participación tuvo en esa batalla el señor Carranza —contestó en seguida el general Ángeles—. El plan fue trazado por tres jefes de la División del Norte pocos momentos antes de que principiara el combate. Y nada más. El Primer Jefe conoció ese plan después de la victoria, cuando el general Villa le dio cuenta de la manera en que se desarrolló ese combate en el cual triunfaron las armas revolucionarias. ¿Cómo es posible que el señor Carranza asegure semejante cosa?”.

El general Ángeles hizo después varias apreciaciones acerca de la capacidad militar del señor Carranza. “Es un hombre valiente a toda prueba. Desconfiado como nadie. Amante de desafiar el peligro. Con una serenidad que le permite ver claramente los acontecimientos. Tiene un temple de hierro. No lo doblega ningún sufrimiento ni le fatiga ningún trabajo por más arduo que sea. Pero no tiene la visión necesaria para trazar ningún plan de batalla. Ese hombre tan ecuaníme, tan juicioso, no tiene más que una obsesión: ser un genio de la guerra. Es cierto que posee muchas cualidades, indiscutibles méritos; pero jamás podrá ser un militar, porque no tiene ninguna capacidad para ello. No hace más que estar en un combate, y esa operación está irremediamente perdida. Así aconteció en Anhele, en Candela, en el primer ataque a la plaza de Torreón y cuando se pretendió tomar la ciudad de Saltillo a raíz de haber desconocido el régimen de Victoriano Huerta. Estos son hechos que no pueden negarse. Pero hay que reconocer las cualidades del señor Carranza, que por muy grandes que sean, nadie podrá decir que sea una figura militar en la revolución, por más que hable él, admire y trate de imitar las dotes guerreras de Morelos, de Matamoros, de González Ortega y de Escobedo”. En efecto, el señor Carranza constantemente recordaba episodios de nuestros héroes y le tenía una grandísima admiración al glorioso defensor de Cuautla.

Cada vez que Napoleón recordaba el júbilo extraordinario con que lo recibió la ciudad de París a raíz de la batalla de Marengo, exclamaba radiante de entusiasmo: “¡Qué día ese tan hermoso!” Para olvidar las amarguras y las humillaciones de sus enemigos en Santa Elena, recordaba siempre el entusiasmo desbordado de los franceses para celebrar la espléndida victoria de Marengo, y sus labios, contraídos por la desesperación y el desengaño, murmuraban la frase que repetían sin cesar: “¡Qué día ese tan hermoso!”. El señor Carranza no tenía más obsesión que conquistar para su frente un lauro militar. Pero no lo iluminó jamás la luz de ese día tan hermoso y anhelado.

Tomado de Miguel Alessio Robles, *Voces de combate*, (Imprenta Manuel León Sánchez, México, 1929, pp. 293-298.

POR EL VARÓN, 125; LA HEMBRA, 170

Reclamo de María Bruna Fausta en razón de la libertad^d de sus hijos esclavos al Sr Gov^r Comis^o de Alc^e de 1^o V^{to}

María Bruna Fausta Esclava libertina vecina de esta villa como mejor en derecho proceda, y por el mas oportuno, y favorable recurso ante la notoria integridad y recta justificación de usted parezca y digo que haciendo uso de las facultades q^e las leyes y Dios me franquean bajo las protestas utiles y necesarias que a mi favor hagan suplico a Usted en términos de Justicia la qe imploro que husando de sus propias y amplias facultades me patrocine, ampare y defienda como pobre desamparada que vivo y paso con el trabajo de mis manos en esta atención hago presente a su justificación y me mantuvo sujeta a servidumbre, como que meredo por creencia paterna en siento cincuenta pesos mi hermano Jose Anto me dio la libertad y para mi rescate me subieron veinte pesos más contra razón y Jusa esto asentando que probare nesesario siendo preten de mi hermano libertar a dos hijos mios varon y hembra ambos de tierna edad qe como mujer frágil tuve en la servidumbre de mi ama d^{ha} D^a María Antonia qn sin caridad y temor de Dios quiere por el baroncito siento veinte y sinco p^s. y por la hembra siento setenta, cosa que no permiten las leyes de Castilla, menos la de Indias, antes lo contrario por varias sedulas y que de esto tratan antes sumándose la católica magestad Dⁿ Carlos Tercero de gloriosa memoria que los esclavos de vena qe pasan de unos dueños a otros para su libertad no se les haga cargo ni recargo de las escrituras, trasposos ni Rl haver y que los que son nacidos de esclavos ofreciendo reventa de ellos se baluen por personas de ciencia y conciencia imparciales y juramentado en debida forma a precio equitativo ino pareciendo bien su justo precio se ponga tercero en discordia con anuencia y consentimiento de los jueces locales, o territorial en esta virtud y del cumplimto de Jusa que en Usted recide por su onorifico empleo supco se sirva nombrar peritos en forma y conforme a derecho para el justo precio de dichos mis hijos que según su abaluo podrá mi hermano satisfacer el importe, y no como quiere con insorbitancia da Da Maria Antonia doscientos noventa y sinco pr qe la mente del soberano es que los esclavos puedan libertarse por precio equitativo y no superior y de lo que produxere suplico asi se me de el aviso correspondiente para dar cuenta a mi hermano por tanto a Usted suplico mande proveer como pido juro no sea de malicia.

FORTALEZAS CONTRA EL TIEMPO



DE LA HACIENDA AL CHALET

Si un fuereño caminara por primera vez por el Centro Histórico de Saltillo, podría llegar a la conclusión de que las casas parecen todas iguales. Alguien que haya pasado su vida en la ciudad podría explicarle que esa aparente uniformidad la dan los colores que predominan en las fachadas: cafés claros, ocre, amarillos muy pálidos, verdes tirando a añil, grises, colores terrosos que casi se confunden con el adobe o el ladrillo.

Si en cambio interrogamos la forma de tales inmuebles, encontraríamos vestigios de estilos muy diversos que han coexistido sin mucho conflicto dentro del trazo urbano: la influencia árabe, la inglesa y la francesa; el trazo de fortaleza de las antiguas haciendas, el techo de dos aguas que construyeron los ingenieros ingleses del ferrocarril y, en el apogeo del porfiriato, esa curiosa imitación del chalet estilo francés.

De todos esos estilos sólo quedan vestigios: la forma de los arcos en las ventanas y los portones, el enrejado, la arquería de los patios, el diseño de los pretiles, la forma de las fachadas. / *Jesús de León*



¿EL CAIRO O SALTILLO?

Esta es La Casa de las Palmas, llamada así por las cuatro que rodean la construcción. Los vecinos aseguran que antiguamente fue el casco de una hacienda. Hoy está abandonada. Se encuentra ubicada a un costado del patio de maniobras del ferrocarril. El terreno fue excavado varios metros hacia abajo para poner las vías. Cualquiera, al salir por la puerta principal, antes de dar el primer paso, acabaría tres metros abajo con una pierna rota sobre los rieles. Es mejor imaginar cómo se vería la casa en sus mejores tiempos. Incluso si la viéramos sin ninguna idea preconcebida, podríamos ubicarla muy lejos. ¿Qué les parece El Cairo? ¿O la India? Tal vez hubiera sido la casa de campo de algún sheik o sultán. De momento hay que resignarse a que sea un modesto equivalente de la cueva de Ali Babá y los cuarenta ladrones. Actualmente es la guarida de la conocida banda Los Topos. / *Jesús de León*

UNA IMÁGEN MÁS NÍTIDA Y CERCANA

Dentro de la disciplina historiográfica adquieren cada vez mayor importancia los testimonios de índole personal, tales como las correspondencias privadas entre familiares, amigos íntimos y personas que establecen relaciones en donde el interés y el afecto llegan a confundirse. El rescate e interpretación de tales documentos, desdeñados durante mucho tiempo por los historiadores, ocurre ahora gracias a una nueva generación de investigadores, a vertientes de las ciencias sociales que han planteado nuevos horizontes a la investigación historiográfica y a la redacción de obras que permiten, tanto a otros investigadores como al público en general, acceder a una dimensión antes desconocida de nuestro pasado común. Gracias a Patricia Martínez Coronado, la imagen de la familia Sánchez Navarro, cuyos miembros fueron considerados los mayores terratenientes del noreste mexicano, deja de ser una referencia lejana y adquiere una imagen más nítida, cercana y entrañable. / *Jesús de León*

